

“Inicio de mi misión diplomática en Egipto” *

A mediados de abril de 2005, exactamente el 14 de abril, el Gobierno ecuatoriano había solicitado el correspondiente Beneplácito de Estilo para ser nombrado como Embajador ante la Santa Sede. La Nunciatura Apostólica en Quito, a nombre del Estado Vaticano transmite oficialmente la correspondiente respuesta, con fecha 20 de abril, es decir en apenas cinco días hábiles. Según propias palabras del Nuncio Apostólico, Monseñor Levopain, la respuesta Pontificia había sido una actitud por demás expresiva en beneficio de las históricas relaciones entre los dos Estados. Ante ello, preparé un plan de trabajo específico bien trazado, en base a la colaboración del equipo con que conté a lo largo de mi gestión como Vicecanciller. Pienso que mis amigos, los Nuncios Luigi Accogli (+), Giovanni Canalini, Jean Paul Gobel, Michael Fitzgerald, Pierre-Giacomo de Nicolo (+) y su hermano también Nuncio Apostólico, y en especial Monseñor Alain-Paul Lebeauvin incidieron en la expedición así pronta del aludido Beneplácito (Plácet) a mi favor.

Cuando al fin parecía que mi mala costumbre de ir a representar al país en misiones conflictivas se había roto (**), se le depone al entonces Presidente Lucio Gutiérrez, y es reemplazado por la traición de su Vicepresidente, en confabulación con el alto mando militar de esa época. Y luego con la manifiesta mala intención, con adulo a las nuevas autoridades incluido, de quien sería el nuevo Viceministro de Relaciones Exteriores, y de una manera insólita, se llega a desconocer el Beneplácito extendido por el Santo Padre Juan Pablo II a mi persona, diplomático de carrera, y se solicita uno nuevo a favor de quien ya había desempeñado, *como cuota política (j)*, esa misma representación años antes y sin ninguna trascendencia para los derechos e intereses del Ecuador.

Durante el ejercicio del año que le correspondió completar a Palacio se me mantuvo, como se decía, congelado en la refrigeradora, sin darme ninguna responsabilidad, con la complicidad de la ya entonces titular de Relaciones Exteriores, María Fernanda Espinosa, de tan mala recordación para la diplomacia ecuatoriana y los derechos, intereses e imagen del Ecuador, hasta el arribo de su sustituta, María Isabel Salvador, quien, a las pocas semanas de su posesión en la Cancillería, me ofrece enviar como Embajador del Ecuador a Egipto. El Beneplácito de estilo se me concede a las tres semanas y de inmediato y sin demora me movilizo hacia mi nueva misión, portando conmigo las respectivas Cartas Credenciales, así como las de retiro de mi antecesor - otro correísta-. Sin embargo, un mes antes, tuve tiempo para concurrir y participar en la reunión del Comité de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, cargo para el cual fuera electo en el 2004, por votación de los Estados Parte en el Pacto Universal de Derechos Civiles y Políticos.

Una vez instalado, en el Hotel Marriot Palace a orillas del Nilo, soy convocado por el Canciller egipcio para cumplir con la ceremonia de entrega, al Jefe de la Diplomacia egipcia, de las copias de mis Credenciales. Es así como al ingresar en el Despacho del Canciller egipcio, observo que la persona que me esperaba era nada más y nada menos que mi primer colega en las Naciones Unidas en Nueva York en 1976, el

entonces Consejero de la Misión de Egipto ante la ONU Ahmed Aboul Gheit, con quien compartí entre 1976-1978, por el espacio de dos años y medio, el asiento, debido a la distribución alfabética que se utiliza en los organismos internacionales. Yo tampoco reparé en el nombre de quien me recibiría, y por tanto fue una gratísima sorpresa conjunta, pues de inmediato se rompió el protocolo y pasamos a departir de una manera muy amigable y distendida, en la cual me ofreció toda su apertura, como el mismo lo dijo que yo debía sentirme en mi propia casa y que la Cancillería y sus asesores estarían a mis enteras órdenes para cualquier gestión que requeriría en el desempeño de mis funciones. Fue realmente sorprendente y gratificante, ya que yo jamás me habría imaginado tal encuentro. Así mi futuro en Egipto se me presentaba con los mejores y más promisorios auspicios para el cumplimiento de mi misión. Esta particular situación valió para que el propio Canciller anfitrión ordenara se me incluya en el Grupo de embajadores que habían arribado a Egipto mucho antes que yo y que se hallaban esperando el turno para presentar las Credenciales al Presidente Mubarak, desde algunos meses atrás. En efecto, y para el asombro de muchos colegas, sobre todo latinoamericanos, a los pocos días de este casual e inesperado evento, pude hacer la entrega al Presidente Mohamed Osny Mubarak, en tiempo record. Esto me permitió comenzar mi gestión oficial con inusual prontitud.

Luego de unos días, inicié mis visitas a todos los colegas diplomáticos, comenzando por el Nuncio Apostólico Monseñor Michael L. Fitzgerald y a los diferentes ministros de Estado, a fin de presentarme y abrir así los canales oficiales ante el Gobierno del país que me había acogido con tanta apertura y amistad, así como a empresas importadoras de frutas, alimentos del mar y flores; entidades culturales, universidades, medios de información, canales de televisión y radios; de una manera especial al connotado egiptólogo, Doctor Zahy Hawass, presidente del Museo Egipcio y Ministro de Cultura a quien, a lo largo de mi estadía en Cairo, le obsequié algunos sombreros ecuatorianos de paja toquilla.

Cuando visité al Secretario General de la Liga de Estados Árabes, me llevé otra particular sorpresa: quien presidía este organismo panárabe, era nada menos que el segundo de a bordo de la misión egipcia ante las Naciones Unidas en Nueva York, en ese entonces con la categoría de Ministro, Amer Mousa, quien me recibió calurosamente, y me propuso pedir al Gobierno Ecuatoriano me acreditase como el Primer Embajador-Observador Concurrente del Ecuador ante la Liga Árabe, cosa que afortunadamente se concretó al poco tiempo y que me permitió participar en todas y cada una de las reuniones organizadas por la Liga y en las visitas que realizaban, casi cada semana, personalidades internacionales como la Secretaria de Estado, Hillary Clinton, el Primer Ministro de Reino Unido, Tony Blair, o el Presidente Vladimir Putin de la Federación de Rusia, o el Presidente francés Nicolas Sarkozy y otros, dada la calidad de Egipto considerado como país estratégico, líder del mundo árabe y africano y con peso específico propio por provenir de una de las grandes civilizaciones de la Historia.

En fin, seguidamente, aproveché también para luego hacerle una visita al que años antes fuera el Secretario General de las Naciones Unidas, el ilustre ciudadano

internacional egipcio Boutros Boutros Gali, a quien conocí en Quito cuando hacia él una gira por los países latinoamericanos para conseguir el apoyo respectivo de la región para su lograda aspiración de convertirse en Secretario General de la ONU en 1992 y yo las de Jefe de Ceremonial de la Cancillería. Le llevé las fotografías de ese episodio, se acordó, conversamos largo y a la segunda visita, al saber que yo había sido electo en el 2004 como Miembro del Comité de Derechos Humanos, me designó como “Consejero Honorario” de la Comisión Africana de Derechos Humanos (que él la presidía), honor que lo conservé hasta su muerte en el 2016.

Toda esta serie de acontecimientos, alrededor de mi inicio de funciones en El Cairo, me valieron para que mi gestión de representar al Ecuador resultara exitosa. Como dice mi colega y amigo de toda la vida, el Embajador Fernando Córdova Bossano, recordando al célebre filósofo José Ortega y Gasset, quien expresó:” Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo.” Y por eso, lo que acabo de relatar refleja lo que puede hacer la amistad, que en este caso me abrió un amplio cauce en mi favor para que mi trabajo fuera exitoso. La Diplomacia demanda un trabajo más amplio e incesante, asistiendo a almuerzos, cenas, ‘cocktails’, recepciones, no por diversión, sino por necesidad de utilizar los más amplios y diversos espacios, pasillos y corrillos para acordar y obtener los mejores resultados de una gestión a favor del país y sus intereses. Por manera que la relación interpersonal es la herramienta más útil y eficaz para la labor de un diplomático

Así, entonces, mi yo y mi circunstancia permitieron que la relación e incidencia recíprocas, fortalezcan las relaciones ecuatoriano-egipcias durante el lapso de mi honrosa y gratificante Misión. Y evidenció, una vez más, la importancia y hasta trascendencia de las relaciones humanas. Para vigorizar tales relaciones sirven los contactos diplomáticos y personales no solo en el Servicio Exterior, sino en la cultura, la política, las profesiones y, en definitiva, en la vida misma.

(*) Edwin JOHNSON L.,
Embajador del Servicio Diplomático ecuatoriano de carrera

6 de noviembre 2019